

CAPITULO CLV.

Nuestro arribo al puerto de San José; estado en que se hallaba, y aspecto que presentaba; número de sus habitantes. Nuestra pronta partida con dirección á Guatemala; fatigas y penalidades del viaje; bellezas que presentan los caminos de América; lo que sentimos. Hacienda del Naranja; su posición poética y risueña; aspecto del camino. Esenintla; posada en que nos albergamos; encanto y atractivo del viaje en las primeras horas de la mañana. Amatitlán; casa en que nos detuvimos algún tiempo; ruta que seguimos y su aspecto. Nuestra llegada á Guatemala; lo primero que vimos; sus calles de noche. Acogida amable cordial y hospitalaria que encontramos desde nuestra llegada, y cómoda habitación que tuvimos en ella,

Serian las 6 de la mañana cuando el vapor ancló en el puerto, y poco mas de las 10 cuando nosotras saltábamos á tierra. Nuestro primer cui-

dado fué dirigir una mirada investigadora al punto en que nos encontrábamos, la situación del puerto era bellísima y llena de poesía: la mar se contemplaba en toda su hermosura perdiéndose de vista entre el azul del cielo; los volcanes se elevaban airosos en lontananza como los centinelas avanzados de la república á que pertenecen, y la playa con su roja arena y sus preciosas conchas, se extendian á larga distancia azotada siempre por las rizadas aguas del Pacífico; nuestras miradas se detuvieron por un momento en tan bella perspectiva, volviéndolas luego á la población.

Era San José en aquel tiempo, un puerto que acababa de ser habilitado y por lo tanto no estaba todavía formado; lo único que habia eran dos grandes edificios de madera; la Comandancia del puerto, donde estaban todas las oficinas, y la casa de Viteri donde nos hallábamos hospedadas, tres ó cuatro galerones de madera que servian de almacenes para las mercancías, y 20 ó 30 pequeñas casas ó chozas que formaban la población que contaria apenas 150 ó 200 habitantes.

Como todo esto no ofrecia interés á nuestra vista penetramos pronto en la casa, donde acudió desde luego un médico que hizo á papá la primera curación y nos tranquilizó mucho sobre su estado, diciéndonos que no presentaba ningún pe-

ligro, pero que si creía que debíamos trasladarnos cuanto antes á Guatemala; desde luego procuramos arreglarlo todo, y como á las 12 del dia montamos en la diligencia que debia conducirnos á la Capital; el calor era intenso, el sol brillaba en la mitad del cielo arrojando sobre nosotros sus rayos de fuego, la hora era la mas molesta pora caminar pero cuando uno viaja está sujeto á todas estas incómodidades y es preciso soportarlas con conformidad y alegría, sofocadas y sin alientos por la fuerza del calor, ocupamos nuestros asientos, y pocos momentos despues la diligencia comenzó á avanzar alejándonos en breve del puerto. Nuestro amadísimo papá iba como hemos dicho enfermo, y el calor el polvo y los movimientos fuertes de la diligencia le molestaban en extremo, á nosotras al verlo padecer nos hacia sufrir mucho y preocupadas solo con él, poco nos fijábamos en el camino.

Como la mayor parte de los campos de América, este estaba rodeado por doquier de una naturaleza lozana y exuberante de vida; las producciones de la tierra caliente tienen cierta poesía, cierta secreta atraccion que habla al alma y la conmueve; en vista de los solitarios cocales, de las esbeltas palmeras, y de los frondosos plátanos, el corazon palpita; el pecho se extremece, y sentimos en nuestro interior un no se que; que

no es fácil explicar, y que nos produce siempre sin embargo, la contemplacion de esos seductores productos en una tierra de fuego, y esa naturaleza ardiente como su clima.

Serian como las cuatro de la tarde cuando la diligencia hizo alto para cambiar de mulas en un delicioso paraje designado con el nombre del Naranjo; nosotras aprovechando este rato de descanso, bajamos y nos pusimos á recorrer el punto en que nos encontrábamos.

El Naranjo es una hacienda extensa y hermosa; véñse algunas casitas que la rodean y su posicion es en extremo poética y risueña; circundada por todas partes de cocales y otros árboles tropicales, se veia una pequeña casita que servia de punto de descanso á los pasajeros; la casa era baja (como lo son generalmente todas en Guatemala) y de pobre aspecto, en el corredor que precedia á su entrada habia dos cómodas amacas, y sentada en el dintel de la puerta una pobre india; al vernos se adelantó á nosotras y nos preguntó si queriamos tomar algo para refrescarnos; el calor era sofocante, aceptamos con gusto la oferta y poco despues penetramos en la casa; sobre una mesa de rústico leño vimos varios vasos llenos de agua de hazar que en nuestra presencia habian sacado de varios cocos, pero tan tiernos y tan freecos que realmente incitaban; con verda-

dera delicia apuramos aquellos vasos que apagaron nuestra sed, y calmaron el calor que nos sofocaba, y poco despues subimos á la diligencia, partimos del Naranja.

A medida que avanzaba la tarde el calor se hacia sentir con menos fuerza y esto contribuyó no poco á que nos fijásemos algo en el camino que se presentaba fértil y risueño; por todas partes veíamos terrenos perfectamente cultivados, bosques de árboles frutales y en fin, cuanto puede ostentar en América una naturaleza cálida y vigorosa.

Como á las 8 de la noche la diligencia penetraba en Escuintla, y pocos momentos despues descendiamos en una posada, cómoda en cuanto cabe, y bastante bien asistida: allí cenamos, y como papá estaba enfermo y sufría mucho, nos recojimos sin dirijir ni una mirada á la poblacion, la cual describiésemos mas tarde.

Las fatigas del dia y el cansancio de la diligencia nos hicieron grato el reposo; y con positivo sentimiento á la mañana siguiente abandonamos el lecho para continuar nuestro camino. Serian las 6 de la mañana cuando salimos de Escuintla; siempre el campo á esas horas tiene un secreto atrativo, el aire fresco que se respira, las cristalinas gotas de rocío que iluminadas por los primeros rayos del sol brillan cual diamantes, so-

bre el pétalo de las flores y el esmalte de las hojas; los pajarillos que á esas horas entonan dulces cantares; los trabajadores que se dirijen á sus labores, los pastores que conducen a sus rebaños; todo tiene un indefinible encanto para el alma que lo contempla, y que al verle se siente fascinado, por una sensacion misteriosa; esto sentimos cuando esa mañana comenzamos nuestra marcha através de los campos fértiles y solitarios; la soledad del campo tiene tambien su atractivo, y el alma goza en medio de ese aislamiento y retiro.

Como á las 12 la diligencia penetró en una poblacion que á primera vista nos desagradó en extremo, porque las calles las formaban muchas veces los cercados que se hallaban á la orilla de las plantaciones de nopal; ó unas casitas pintadas de blanco, todas bajas, y de pobre apariencia; atravesamos varias calles deteniéndonos al fin ante una casa grande y espaciosa; el patio que era muy extenso, tenia en el centro un precioso jardín con su hermoso tanque, y anchos corredores lo rodeaban y conducian á las habitaciones; despues de descansar dos horas durante las cuales se nos sirvió un apetitoso almuerzo; estuvimos paseando por el jardín y recorriendo toda la casa, volvimos á montar á la diligencia y continuamos nuestra ruta; poco ó nada pudimos conocer de

Amatitlán que era la poblacion en que nos hallá-
bamos; por eso no emitimos ahora sobre ella nues-
tro juicio; reservándonos hacerlo en otra oca-
sion.

Cuando salimos de los muros de esta poblacion
nuestra vista se extació ante los mas bellos y ri-
sueños panoramas, y ante las perspectivas mas
variadas y seductoras: extensas llanuras, vastísi-
mos campos cultivados con esmero se presenta-
ban á la vista; las plantaciones que con mas fre-
cuencia se veían eran de café y grana, y entre
ellas aparecian disminuidas algunas casas, y
agrupadas las pajizas chozas de los pobres; los
trabajadores ocupados en sus faenas; el humo que
salia de las chozas, los animales que pacian en el
campo, todo esto nos deleitaba haciéndonos sen-
tir gratas y dulces impresiones:

Volviéndo la vista hacia al punto opuesto, la
perspectiva era aún mas bella pues allí se exten-
dia imponente y magestuosa la hermosa laguna
con sus cristalinas aguas y sus misteriosos en-
cantos; ligeras barquillas surcaban sus ondas; y
á la orilla se agrupaban formando pequeños bos-
quecillos cual los oasis del desierto, frondosos
árboles frutales, prevaleciendo entre ellos el na-
ranjo, que embalsamaba el ambiente con el dul-
ce perfume de sus flores.

Así trascurrieron las horas, el sol fué ocultán-

dose lentamente en el ocaso, y pronto las tinie-
blas de la noche envolviéndonos en su negro
manto hicieron desaparecer todos los objetos de
nuestra vista. Serian como las 9 cuando la dili-
gencia penetró en la ciudad de Guatemala; la
noche estaba serena, y nada turbaba su tranqui-
la calma. Al atravesar una esquina la diligencia
se detuvo porque pasaba una procesion; vimos
entonces una multitud de cirios con sus brillan-
tes llamas, en las ventanas aparecian muchas lu-
ces de bengala; la música militar hacía resonar
el aire con la vibracion de sus instrumentos, y
una muchedumbre de gente invadía aquella ca-
lle. Era la octava de la fiesta de la Virgen de
Guadalupe, y los *rezados* (procesiones) en Gua-
temala, son una de sus principales fiestas.

Pasado aquel momento de animacion conti-
nuamos avanzando por las calles de la ciudad
desiertas y solitarias; era su iluminacion muy es-
casa, y el aspecto de la poblacion en aquella ho-
ra, con sus casas la mayor parte bajas, y su no
interrumpido silencio, nos impresionó de un mo-
do desagradable.

Como á las 10 nos detuvimos ante la puerta
del Hotel Aleman situado en la plazuela del Sa-
grario y allí bajamos, no encontrando mas que
una pieza en que hospedarnos todos.

Nuestro querido papá venia muy fatigado; el

viaje habia sido para él muy molesto y doloroso, y al vernos ya al fin en el lugar en que debiamos residir algunos años, dimos gracias á Dios por haber terminado nuestro camino,

Habia venido con nosotros sin separarse nunca, el jóven español Eduardo Montis de que ya hemos hablado, prestándonos los finos servicios de la amistad mas sincera, especialmente con motivo de la enfermedad de Papá, el vivo interés que habia tomado por nosotras, la bondad con que se habia portado, y su sincera amistad nunca desmentida, se ganaron nuestra simpatía (y aún hoy apesar del trascurso de los años y de hallarse á larga distancia todavía nos escribimos, lo cual hace que se conserve siempre fresco nuestro afecto profesándole un verdadero cariño) continuó desde nuestra llegada siéndonos muy útil y agradable su amistad, por sus extensas relaciones y conocimientos del país y de la ciudad en particular, en la la cual tenia una de las mejores casas de comercio; y nada es mas justo que, al escribir hoy nuestro viaje, le dediquemos un recuerdo de gratitud y de cariño.

El carácter de los habitantes de Guatemala es en extremo amable y hospitalario; al siguiente dia de nuestra llegada, varias personas de las mas notables de la ciudad fueron á visitarnos y sabiendo que papá venia enfermo nos mandaban

hilas medicinas y otra multitud de obsequios.

Esta cordial acogida, dispuso favorablemente nuestro ánimo hácia aquella sociedad, y excitó en nosotras sentimientos de gratitud y simpatía,

En Guatemala no eramos enteramente extrañas; habia allí parte de parientes de nuestra querida mama y nos hallábamos en las casas de algunas de sus principales familias.

Pocos dias permanecimos en el Hotel, pasándonos despues á una casa que pronto nos prepararon y en la que nos instalamos con mayor comodidad. Allí se efectuó la curación de nuestro amado papá, que duró enfermo como un mes (y aun podemos decir que desde entonces quedó quebrantada su salud,) dedicadas solo á él, en nada pensábamos mas que en cuidarlo, y no fué sino hasta que estuvo restablecido, cuando comenzamos á ocuparnos de la ciudad en la que diariamente recibiamos nuevas pruebas de simpatía y afecto.